

nombres de pueblos; sigue la narración histórica de Netzahualcoyotl hasta su instalación en el trono de Texcoco; y como continuación natural las Ordenanzas que hizo el mismo Netzahualcoyotl; y termina con una noticia de su hijo Netzahualpilli, su muerte y funerales.

III. La orden y ceremonia para hacer un Señor, etc.

IV. La venida de los españoles á esta Nueva España.

V. Entrada de los españoles en Texcoco.

VI. Noticia de los pobladores, etc., en trece relaciones.

VII. Relación sucinta en once relaciones. Como continuación de ella, hay dos noticias tituladas: Relación de los demás señores de Nueva España, y Relación del origen de los Xochimilcas.

VIII. Sumaria Relación, etc.

En el tomo III hay dos piezas atribuidas á Ixtlilxochitl, aunque esto es dudoso: la una se compone de los Cantares de Netzahualcoyotl, y la otra de unos Fragmentos históricos de la vida del mismo. (1)

[1] En 1891--1892 publiqué las obras históricas de Ixtlilxochitl.



LAS NAVES DE CORTES.

Un jurado, compuesto de los Sres. D. José Sebastián Segura, D. Casimiro Collado, D. Anselmo de la Portilla, D. Manuel Peredo y D. Ignacio Altamirano, de los cuales los cuatro primeros son académicos, ha premiado una oda á Hernán Cortés, escrita por el elegante é inspirado poeta D. José Peón Contreras. Ocasión me da la laureada poesía, para deshacer un error vulgar que anda de boca en boca, hasta haberse formado con él un proloquio: "quemar las naves."

Dice la segunda estrofa de la oda:

"Unas naves allí . . . sobre los puentes
La roja llama del incendio humea,
Entre los altos mástiles flamea,
De las olas hirvientes
En el cristal oscuro centellea;
Por todos lados pavorosa brilla,

Vuela en pavesas ígneas el velámen,
Del aire maravilla;
Y al crujir el robusto maderamen
Se hunde en las aguas la cortante quilla."

Al leer tan hermosos versos, no he podido menos de exclamar con el poeta español:

¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

La verdad es, que Cortés no quemó sus naves. Y paso á demostrarlo.

Para mi intento, no usaré del dicho de escritores indígenas ó mexicanos, porque no se les tache de parciales; ni de los datos que pudiera sacar de manuscritos, porque no se les tilde de ignorados: valdréme tan sólo de lo que han referido algunos conquistadores, escritores españoles contemporáneos de Cortés ó crónicas de los reyes de España.

El hecho heroico de quemar las naves, hubiera significado "únicamente" cortarse la retirada para siempre, á fin de consumir sin remedio la conquista ó morir en ella. Admitido así el hecho, Cortés se levantaría inmenso titán sobre nuestras playas, alumbrando con los reflejos inmortales de su incendiaria tea el mundo entero.

Pero apaguemos esa tea, y veamos qué pasó en realidad.

Habiase alzado Hernando Cortés con la armada que en Cuba preparó Diego Velázquez, y tras diferentes aventuras, tomó tierra y fundó la villa rica de la Vera Cruz. La expedición tenía por objeto rescatar oro, y era Cortés su capitán por nombramiento de Velázquez, Gobernador de la Fernandina. Habiendo visto que la nueva tierra era rica, y considerando que si "volvían á Cuba, se perderían," (1) y que los soldados que le acompañaban reconocían su mando como derivado del citado Velázquez, vino á las mientes de Cortés lo que hoy en nuestro lenguaje político se llamaría un golpe de Estado. Al efecto, fundó la villa, y le nombró un Corregimiento, compuesto de "los más confidentes amigos que tenía" (2), entre los cuales estaban Portocarrero, Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval.

Como la autoridad sólo podía ejercerse en nombre del rey de España, resultó naturalmente que tal Ayuntamiento fuese el único representante de la autoridad real en la nueva tierra. Entonces se pre-

[1] Herrera.—Década II.—Lib. V.—Cap. VII.

[2] *Ibid.*

sentó Cortés ante esa autoridad, y renunció el cargo que de Velázquez había recibido; y el Corregimiento decidió nombrar al mismo Cortés Capitán General y Justicia Mayor; de manera que despojándose del cargo que recibió de Velázquez, se libraba de los compromisos que con él tenía, y afirmaba su autoridad como propia, derivándola del nombramiento de los corregidores representantes del poder imperial.

Aunque el paso fué astuto, no faltaron descontentos que vieran la red tendida y que protestaran, por lo cual fué preciso prender en la Capitana á Juan Velázquez de León y á Diego de Ordaz; y mandar á los más sospechosos con Pedro de Alvarado, "que entrasen la tierra."

Lo que la necesidad había obligado á hacer á Cortés, le dió á conocer que existían en la tierra pueblos poderosos; pero enemigos entre sí, y por lo mismo fáciles de conquistar aliándose con unos contra los otros. El señor de Cempualia presentóse desde luego como aliado, y quejóse de la esclavitud y tributos que le imponía Moteczuma, el rey de México. El rápido genio de Cortés comprendió desde luego, que con la alianza de los cempualtecas tendría un ejército indio á sus órdenes, y que si lograba atraerse á otros pueblos, podría formar huestes

numerosas para apoderarse del imperio mexicano; y decidió la conquista. En efecto, vinieron á hacerla millares de indios enemigos de los mexicanos; y Cortés con sus pocos soldados españoles, pero con inmenso ejército indígena, puso sitio y destruyó la ciudad de Tenoch.

Es verdad que ya no es un grupo de soldados europeos quienes hacen la conquista, sino los mismos indios, viles instrumentos de Cortés; pero grande es quien aprovecha las grandes ocasiones.

Favoreció también la idea de Cortés, el miedo que Moteczuma le manifestó. Antigua tradición afirmaba que el dios Quetzalcoatl blanco y barbado, vendría por el Oriente á apoderarse de la tierra; y el débil y supersticioso monarca de México creyó ver en Cortés al dios vengador. Don Hernando, al observar este temor, y que como á un dios se le saludaba y trataba, vió asegurada la victoria. La conquista era un hecho ya para él. El fanatismo enervaría las fuerzas de su contrario: para destruirlo, la división de los pueblos le proporcionaría innumerables ejércitos; sus pocos soldados españoles dirigirían y acudirían en los momentos supremos; y él, nuevo dios de nueva é ignota teogonía, dispararía los rayos de fuego de su artillería espantosa para alumbrar los lagos de sangre india de dos

ejércitos indios que luchaban para dar la victoria al audaz español.

Pero entonces un nuevo enemigo se presentó: los mismos españoles. Los indios, sin saberlo, ponían de su parte cuanto era necesario para llevar á cabo la conquista: los españoles ya eran los únicos contrarios. El desconcierto volvió á cundir en el campo conquistador, los parciales de Velázquez acordaron apoderarse de una nave, y volver á Cuba: los principales eran el clérigo Juan Díaz, el piloto Gonzalo de Umbría, Diego Escudero y Juan Cermeño. Proveyeron de vituallas el navío y dispusieron para darse á la vela en la noche, lo que no llevaron á cabo por denuncia de Bernardino de Coria. Sorprendidos por Cortés, Escudero fué ahorcado en compañía de Diego Cermeño, y castigados algunos otros.

Si la insurrección crecía, la ambiciosa empresa de Cortés caía por tierra: para terminarla, no había más que un remedio, destruir las naves; pero de manera que en un caso dado, pudieran reconstruirse. Quemarlas era perderlas para siempre, y no era un rasgo de heroísmo el que se buscaba, sino una medida salvadora.

Y aquí es ocasión de traer á cuento las autoridades que acreditan que no se quemaron.

Motolinia, uno de los primeros doce frailes franciscanos que vinieron á México, contemporáneo y panegirista de Cortés, dice hablando de sus hazañas (1): "dió con los navíos todos que traía al través."

Fray Bernardino de Sahagún, uno de nuestros historiadores primitivos, y acaso el más autorizado de todos, repite igualmente (2): "La animosidad de D. Hernando Cortés, valeroso capitán de la conquista de esta tierra, se mostró en que hizo descargar todos los navíos, y luego echarlos á fondo."

Don Antonio de Solís, secretario del rey de España, y su cronista mayor de las Indias, grande admirador de Cortés; cuenta también (3), que las naves se dieron al través, "sacando á tierra el velamen, xarcias y tablazon que podía ser de servicio."

De manera, que no solamente no se incendiaron las naves; sino que se salvó todo lo que podía ser útil para reconstruirlas, y solamente los cascos se echaron á

(1) Historia de los Indios de la Nueva España.—Tratado I, capítulo I.

(2) Conquista de la Nueva España.—Capítulo X.—Edición de 1840.

(3) Historia de la Conquista de México.—Capítulo XIII.

la costa. Ya antes que Solís, otro cronista del rey de España, D. Antonio de Herrera, lo había dicho (1). "Mandó (Cortés) al Alguacil Mayor Juan de Escalante, que fuese á la Villa Rica, i sacase de los Navios las Ancoras, Clavos, Velas, i quanto tenían de provecho, i que todos ellos diese al traves, salvo los Batoles."

Probado ya que no se quemaron las naves, sino que se "dieron al través," salvando antes todo lo necesario para poder en un caso dado reconstruirlas, voy á demostrar que la causa eficiente fué el impedir que los españoles desertasen para Cuba, y no el cerrarse toda retirada. Podría valerme de alguno de los escritores citados; pero para variar, servirán á mi objeto, el conquistador Andrés de Tapia y el mismo Cortés. Dice el primero (2): "Visto el marques que entre los suyos habia algunas personas que no le tenían buena voluntad, é que destos é otros que mostraban voluntad de se tornar á la isla de Cuba de donde habiamos salido, habia cierto numero, habló con algunos de los que iban por maestros de los navios, é á algunos rogó que diesen barre-

(1) Década II.—Libro V.—Capítulo XIV.

(2) Relación sobre la Conquista de México.—Documentos del Sr. Garofa Icazbalceta.—Tomo I, página 563.

nos á los navios, é á otros que le viniesen á decir que sus navios estaban mal acondicionados. . . . é asi dieron al traves con seis ó siete navios." Confirma esta intriga Bernal Díaz, que dice: "Le aconsejamos (á Cortés) los que eramos sus amigos, que no dexase Navio en el Puerto ninguno, sino que luego diese al través con todos." "Esta plática, agrega, de dar con los Navios al través, que alli le propusimos, el mismo Cortés lo tenía ya concertado, sino que quiso que saliese de nosotros."

El testimonio del mismo Cortés tiene que ser irrecusable. En su segunda carta relación dice al emperador: (1) "Y porque, como yo creo, en la primer relación escribí á V. M. que á algunos de los que en mi compañía pasaron, que eran criados y amigos de Diego Velazquez, les habia pesado de lo que yo en servicio de V. A. hacia, é aun algunos de ellos se me quisieron alzar y irseme de la tierra, en especial cuatro españoles, que se decian Juan Escudero y Diego Cermeño, piloto, y Gonzalo de Ungria, asimismo piloto, y Alonso Peñate; los cua-

(1) Cartas y Relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos V, coleccionadas é ilustradas por D. Pascual de Gayangos, de la Real Academia de la Historia de Madrid, etc., pág. 53.

les, según lo que confesaron espontáneamente, tenían determinado de tomar un bergantín que estaba en el puerto con cierto pan y tocinos, y matar al maestro de él, y irse á la isla Fernandina. . . . Y porque demás de los que, por ser criados y amigos de Diego Velazquez, tenían voluntad de salir de la tierra, había otros que por verla tan grande y de tanta gente, y tal, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mismo propósito; "creyendo que si allí los navíos dejare, se me alzarían con ellos," y yéndose todos los que desta voluntad estaban, yo quedaría "casi solo," por donde se estorbara el gran servicio que á Dios y á V. A. en esta tierra se ha hecho; tuve manera como, so color que los dichos navíos no estaban para navegar, "los eché á la costa."

Aquí tenemos al mismo Cortés arrancándose el lauro de heroísmo que la vulgaridad y el inspirado poeta, le atribuyen equivocadamente. Y no quiero hacer caso del cronista Herrera, que asegura que Cortés tuvo también la mira de "no quedar él solo obligado á la paga de los Navíos, sino que el Ejército los pagase" (1); ni de Ceballos que afirma (2), que dejó dos naves.

(1) Loc. cit.

(2) Demanda de Ceballos, Doc. cit. pág. 439.

Restituyamos la verdad histórica: no por eso Cortés dejará de ser grande; y arranquemos la gloria del fuego de las manos del capitán conquistador, para ponerla á los pies de Cuauhtemotzin, cuando en su sublime martirio, al sentir arder sus plantas, sonreía diciendo que no estaba "en un lecho de rosas."

Septiembre 17 de 1876.